

## La Cuna de Carranza

(En recuerdo de la visita de López Mateos  
a Cuatro Ciénegas)

Por Manuel LOPEZ PEREZ

Se cuenta que algunas vez preguntaron a Sir Walter Scott — gran cantor de tiempos y hombres heroicos —, cuáles tierras eran a su juicio las más fecundas, y que fue su respuesta: aquellas que los héroes hayan abonado con sus huesos. Nosotros quisieramos que el gran escritor hubiera agregado a lo dicho: y aquellas sobre las cuales se haya molido su cuna. Aunque quizás el agregado no haga falta ya que el héroe muerto no podría serlo sin contarla como héroe vivo; y por ello el simbolismo de la frase pronunciada por el insigne novelista en nada se menoscabe, ya que no es posible pensar la tumba sin recordar la cuna. Cuatro Ciénegas es un lugar santo en la liturgia de la Patria. Allí nació don Venustiano Carranza. No está allí su sepulcro, pero allí vio la luz de los soles de México que un día venturoso le mostraron en lontananza los panoramas de su destino. La ejemplaridad histórica o sea la conducta que por su valor humano impone el deber de imitarla, es el halo que circunda la figura de los héroes. Pueblo que no los tiene, es un cuerpo vano, hueco, sin estructura y sin objetivos en los acontecimientos del Universo. Y es que los varones ejemplares son un compromiso, obligan a buscar la conducta valiosa, imponen un orden con validez imperativa en las conciencias mejor configuradas, y acercan las defectuosas al anhelo de esclarecer su sino, emprendiendo tareas de noble esfuerzo, tratando de conseguir plenitudes gloriosas.

El culto de los héroes consiste en hacer perdurar su memoria —recolitir memoriae passionis ejus—, porque la presencia heroica mantenida en la mente por las prácticas de la contemplación —conocimiento de la vida de los grandes hombres y meditaciones devotas acerca de los episodios grandiosos de su tránsito— equivale a mantener propicia la sementera espiritual, con el objeto de obtener nuevos advenimientos. Si se conocen los valores, si el hombre llega a un "darse cuenta" de que en un ser como él, otro hombre, se ha reanimado un valor apareciendo un poeta, un profeta, un santo, un héroe, de este conocimiento de valores puede conseguir la cap-

tación de ellos, es decir que la conciencia registradora puede ascender en ese mismo instante hasta las señeras cumbres que la simple noción le ha mostrado. Un valor se capta cuando por ser lo que es, una vigencia, se convierte en conducta. Hacia la captación conduce el culto, y por eso es sabia la liturgia patriótica al rendirlo a sus grandes hombres, ya que con ello traza lo que llamaría el místico "el camino de la gracia". Y como cada acto del rito acerca al deslumbramiento a la captación, cada acto de la conducta empuja en el ascenso, porque cada acto de virtud "aumenta la gracia", o sea que multiplica la fuerza que hace eficaz la vigencia del valor. Con cada acto noble la nobleza se decanta, con cada sacrificio, con cada renuncia, con cada esfuerzo, el alma del hombre asciende hasta el arquetipo que lo inspira.

Por eso se nos llenó de júbilo el corazón cuando vimos a nuestro Presidente López Mateos, acercarse devoto a los lugares santos de México. Ello es entrar en contacto con las fuerzas generatrices, ideas fuerzas, estímulos imperativos que los hombres heroicos han dejado —como diría la penetrante palabra de Vasconcelos—, "vibrando en el éter, donde quedan las conductas valiosas como fotografiadas", constituyendo atmósfera, ámbito propicio para las conciencias predestinadas. Los hombres del poder deben ligar su conducta en línea de continuidad, con quienes respecto a México se han prodigado con desinterés, con quienes rebasando los intereses efímeros de una "administración", han trabajado para la eternidad de lo justo y fueron intransigentes, terriblemente intransigentes —dejando de lado un signo transitorio de virtudes minúsculas para la grandeza de un destino nacional, tales como la gratitud personal, la lealtad a los individuos, la cortesía hacia los amigos intrascendentes, la solidaridad de con los eslabones accidentales de una sucesión, las suavidades y las caballerosidades con objetivos efímeros, la prudencia que sólo se refiere a la habilidad para conservar el poder usando disposiciones acomodaticias—. Terriblemente intransigente fue Carranza, llegó en muchas ocasiones a una aparente villanía por sus injusticias objetivamente innegables. Injusto —objetivamente, subrayamos— con Villa, con Obregón, con Angeles; con todos

los que trataron de malograr su sueño de patriota. Terco, tenaz, violento, inflexible, parecía inhumano. Sabía que los militares podían ganar en la lucha armada, que cuando la ganaron, aquella victoria era cierta, pero que de nada servía ese triunfo si no triunfaba al mismo tiempo y sobre el episodio bélico, el ideal de un México con instituciones, para el que, sobre todas las cosas, era necesaria la virtud. Supo Carranza siempre que los ideales necesitan —valores supremos— otros valores —valores instrumentales— para realizarse. Pero fue de acero para impedir que ese orden de causación se rompiera, subvirtiéndose la jerarquía: jamás permitió que el hombre instrumento se convirtiera en hombre fin. Por eso machacó no sólo en su contemporaneidad, sino para siempre, a Villa, a Obregón, a Zapata, —con todo lo que siguen valiendo— sin contar a quienes quedaron aplastados por el plan general relativo a la venganza del Apóstol traicionado en la dulce persona de Madero.

Precisamente la tragedia de Madero era su inmediata piedra de toque, era la experiencia negativa para todo estadista. La decena trágica demostraba los resultados de la inocente política de la transigencia, del olvido de los propios, de la renuncia al propio equipo, al propio ejército, a los colaboradores indicados por la amistad y por la idoneidad práctica de las capacidades en el trabajo. A él, a Carranza, no lo traicionaron como a Madero los falsos amigos civiles, los claros enemigos militares. Podría morir, y murió, en la lucha, pero consciente de su drama, feroz en su intransigencia, que al fin y al cabo el héroe no lleva implícitas en su ser las condiciones del triunfo sobre los demás, basando con la garantía del triunfo sobre sí mismo. Carranza en su gobierno se rodeó de los mejores, que no podían nada contra el hado, pero que lo acompañaron hasta la hora inaplazable de su muerte. Lo mataron sus enemigos, y eso era preferible a que lo hubieran hecho fracasar o claudicar sus malos amigos. El tuvo y seguirá teniendo la razón, porque la Historia se la da, y esta es la razón que los hombres del poder deben buscar y no la de los aduladores, falsos amigos que muchas veces con el trabajo mismo ocultan sus conspiraciones pacíficas o belicosas, pacíficas cuando buscan el desprecio del Presidente, belicosas cuando sue-

el 22 de Enero  
de  
1, 960

F

Pág 56